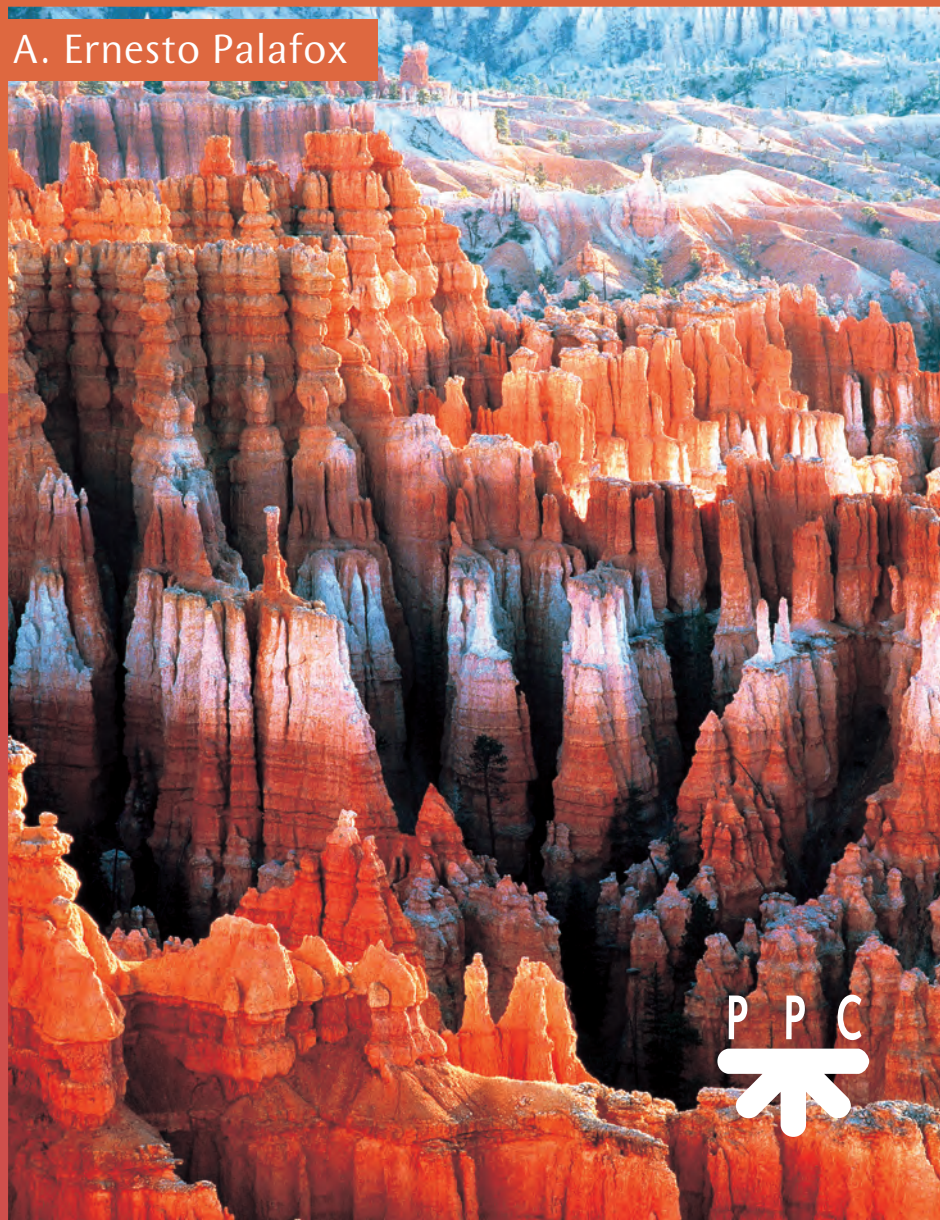


PASTORAL

Las dimensiones de la pastoral

A. Ernesto Palafox



PASTORAL

Las dimensiones de la pastoral

A. Ernesto Palafox



Diseño: Estudio SM

- © 2021, A. Ernesto Palafox
- © 2021, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3653-1

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

INTRODUCCIÓN

Estas dimensiones se inspiran en lo que san Pablo considera como las características del amor de Dios, y, escribiéndoles a los efesios, propone cuatro dimensiones básicas: la longitud, la altura, la anchura y la profundidad. Les recomienda «que sean capaces de comprender, con todos los creyentes, *la anchura, la longitud, la altura y la profundidad*, en una palabra, que conozcan este más allá del conocimiento que es el amor de Cristo» (Ef 9,18-19). Un eco de estas dimensiones lo encontramos en el texto clásico de Corintos, cuando describe las características esenciales del amor (1 Cor 13). Igualmente, en el Antiguo Testamento, Isaías menciona de algún modo estas dimensiones como profecía para la misión: «Ensancha el espacio de tu tienda, las cortinas extiende, no te detengas; alarga tus sogas, tus clavijas asegura; porque a derecha e izquierda te expandirás, tu prole heredará naciones y ciudades desoladas poblará» (Is 54,2-3). A partir de esta analogía utilizada por san Pablo podemos adentrarnos a describir las dimensiones de la pastoral, de tal forma que posibilite considerar de modo más integral sus alcances, sus planteamientos y desafíos para el mundo de hoy. *La profundidad de la pastoral* se encuentra referida principalmente a los contenidos centrales que integran su identidad. *La anchura*, como el ensanchamiento y densidad de la pastoral que se extiende a los lados, y en todos los sentidos y niveles. La pastoral se abre aquí a todos los espacios culturales en donde el hombre se hace presente y construye sentido. Se puede entender la *altura de la pastoral* como ese empeño de alcanzar la plenitud del reino de Dios, de tal suerte que la pastoral de altura sea aquella que busca

remontarse a lo más alto de la medida del reino de Dios. Finalmente, la *longitud de la pastoral* representa el alargamiento de miradas que abarca todo el hombre en su sentido genérico y hace relación a todo lo humano, es decir, a las dimensiones y realidades que comprenden al ser humano.

LA PROFUNDIDAD DE LA PASTORAL

1. Dimensión evolutiva de la pastoral

a) Una teología pastoral no «perennis»

Se afirma que una teología pastoral, para ser auténtica, tiene que ser evolutiva, contemporánea y contextual a la vez, pues, frente a los problemas teológico-pastorales, las soluciones son, por lo general, restringidas a circunstancias históricas y, por tanto, contextuales. Se puede decir entonces que, estrictamente hablando, no existe una *theologia pastoralis perennis*¹, de ahí la necesidad de contar al menos con tres elementos clave que permitan hablar de teología pastoral auténtica: la *evolución*, *contextualidad* y *contemporaneidad*. La reflexión sobre estas categorías tricotómicas² permite a la teología pastoral situarse en contextos determinados, mantener un dinamismo evolutivo y asumirse como hodierna.

Juan Luis Segundo, al final del segundo tomo de su obra *Teología abierta*³, elabora una nota complementaria a propósito de la concepción evolutiva que toda pastoral debe incluir. En ella afirma que, si todo evoluciona, la teología pastoral no tendría por qué permanecer inmóvil,

¹ Cf. F.-X. ARNOLD, «¿Qué es la teología pastoral?», en ID., *Palabra de la salvación como palabra del tiempo*. Estella, Verbo Divino, 1966, pp. 361-368.

² Consideramos tricotómicas estas categorías porque son tres conceptos complementarios que se ven uno a partir del otro para concebir una visión más completa.

³ J. L. SEGUNDO, «Hacia una pastoral evolutiva», en ID., *Teología abierta* II. Madrid, Cristiandad, 1983, p. 468.

como válida para todos los sectores en todos los tiempos. Ya el mismo Vaticano II advierte sobre el sentido evolutivo de la Iglesia, pues esta «avanza juntamente con toda la humanidad y *experimenta la suerte terrena del mundo*» (GS 40). Más aún, «en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, lleva consigo la imagen de este mundo *que pasa*» (LG 48). Sería una aberración hacer de la pastoral cristiana una actividad atemporal, impenetrable ante las vicisitudes históricas, una especie de local de la eternidad en medio del tiempo. En efecto, la pastoral y su reflexión teológica no pueden ignorar, gracias a la revelación, la evolución, propiamente teológica, que debe tener lugar tanto ontogenética (individuos) como filogenéticamente (especies), esto es, tanto en cada individuo como en lo que toca a la humanidad⁴.

Además, podemos decir que la pastoral es una tarea creadora, y desde la teología pastoral se dice que «no hay una teología pastoral *perennis*», como ya se ha dicho. No es, pues, suficiente tener las pruebas de que esa evolución existió y debe existir aun en lo que dice respecto a las relaciones entre Dios y el hombre. No se trata únicamente de que la realidad esté en evolución, es preciso que el pensamiento mismo que se enfrenta con esa realidad se vuelva él también evolutivo. O, dicho en otras palabras, que el pensamiento que orienta la praxis y es orientado por ella adquiera la característica de pensar, proyectar, evaluar en términos evolutivos. La acción pastoral, como toda acción consciente de su base y de su marco evolutivo, tendría que tener como criterio básico la regla, simple y obvia, que formula P. Teilhard de Chardin: «Nada se construye sino pagando el precio

⁴ La *ontogenética* es el estudio de la evolución de ciertas características de un individuo o de una misma especie; p. ej. ¿cómo evolucionó el instinto en los seres humanos? La *filogenética* es el estudio de la evolución de ciertas características, p. ej. el instinto en distintas especies: aves, mamíferos, reptiles...

de una *destrucción equivalente*»⁵. Lo que significa que, manteniéndose constante la energía, toda «construcción» es un desplazamiento, una distribución nueva de la misma energía. Antiguas posibilidades quedan así indefensas en favor de otras, consideradas de mayor valor. Lo que ciertamente es imposible es mantener simultáneamente ambas. Así pues, toda pastoral desplaza energías en favor de nuevas construcciones. Una pastoral evolutiva se identifica con una pastoral realista que tiene en cuenta las necesidades concretas del hombre y edifique sobre ellas lo que Pablo llamó, con una palabra muy exacta, «la *economía* de los misterios de Dios» (1 Cor 4,1; Ef 1,9-10 y 3,2-3), no puede hacer del cristianismo ese bloque indistinto e invariable.

b) *El dinamismo evolutivo de la teología pastoral*

Atendiendo el llamado anterior, y teniendo claro este dinamismo evolutivo de la teología pastoral, cabe la pregunta sobre ¿cómo o desde dónde percibir este dinamismo? ¿Con qué criterio elegir las cuestiones que identifican esta evolución? ¿Desde dónde se produce esta *destrucción equivalente*? ¿Hacia dónde distribuir tal energía para recrear y actualizar la teología pastoral en nuestros tiempos y desde nuestros contextos particulares? Podemos adentrarnos a ensayar algunas propuestas o criterios indicadores de por dónde percibir cuestiones y propuestas nuevas. Esto tiene que ver de alguna manera con la coherencia de la investigación y de la acción pastoral. Digamos, con una *ética pastoral*.

– *Desde la relevancia*. Por relevancia se entiende la preocupación del pastoralista por problemas que carac-

⁵ P. TEILHARD DE CHARDIN, *El fenómeno humano*. Madrid, Taurus, 1986, p. 66.

terizan el momento actual en que ejerce su investigación-acción pastoral: pobreza, violencia, muertes prematuras, corrupción, deterioro ecológico, secularización en aumento, sujetos emergentes... Se entiende –pues la relevancia puede entenderse– la actualidad del resultado de la búsqueda teológico-pastoral. Entonces una teología pastoral relevante es aquella cuyo resultado toca y proporciona elementos para discernir los problemas del momento actual, la situación de ahora. Un buen ejercicio sería darnos una vuelta por las revistas más cercanas a la teología pastoral y ver los títulos; ahí clarificaríamos inmediatamente las revistas que son más pertinentes. Relevante significa entonces: tocante a la actualidad, hablando, reflexionando y presentando pistas pastorales encaminadas a los problemas actuales⁶.

Un tema o una cuestión es significativa cuando significa algo, cuando tiene significación, cuando significa algo para los demás, para la actualidad. Habrá que distinguir entre relevancia e importancia. Un tema puede ser importante, pero no necesariamente relevante. La relevancia apunta más a la historia presente, con los condicionamientos y requerimientos del presente. La importancia puede ser ahistórica, no necesariamente guardar relación con el presente histórico. Un tema importante puede ser el de los ángeles en la teología o su repercusión pastoral-teológica, pero no necesariamente ser relevante. La relevancia, por otro lado, tiene relación con el tiempo –la historia de cada comunidad– y con el espacio –el lugar donde se produzca la reflexión–. Esta noción ciertamente se aplica a temas o cuestiones del campo teórico, pero viendo en dirección a la praxis. Se dice que una cuestión es relevante cuando «viene a propósito», esto es, cuando se coloca a partir de la percep-

⁶ Cf. C. BOFF, *Teología e prática. Teologia do político e suas mediações*. Petrópolis, Vozes, 1978, pp. 309-320.

ción de una situación dada. Cuestiones relevantes son las que hacen presión sobre el presente. Son, de alguna manera, las interrogaciones que se imponen en un momento dado y que el Vaticano II llamó «signos de los tiempos» (GS 4 y 11). El lugar que ocupa el teólogo pastoralista desde la relevancia es el *lugar social*.

– *Desde la pertinencia*. La pertinencia indica la relación de una cuestión con una problemática *teórica definida*, a la cual justamente aquella cuestión pertenece (pertinencia). La idea de pertinencia dice relación con la epistemología de la ciencia que trate, es decir, con el régimen *interno* de una disciplina. La relevancia dice relación con el régimen externo, es decir, con la práctica. La pertinencia se refiere sobre todo, como se ha dicho, al régimen interno, en este caso de la teología pastoral, es decir, que se respeten sus leyes internas, sus métodos, su epistemología, la posibilidad de presentar y desarrollar un discurso serio, crítico, con sentido científico. En este sentido, no basta con que un tema sea relevante, es decir, histórico, anclado en la realidad y las condiciones actuales; es necesario que sea tratado con *pertinencia*, es decir, con seriedad teológica, respetando las leyes internas. La finalidad de la pertinencia es ir avanzando en profundidad científica el discurso teológico, que sea coherente, consistente y en continuidad con la ciencia teológica.

En este sentido, una temática actual en teología pastoral debe rendir cuentas a la comunidad histórico-local en donde se elabora, pero, al mismo tiempo, a la comunidad científica, es decir, a la *civitas disputantium*, la comunidad de los colegas. Es en diálogo con ellos como se juzga la pertinencia del resultado teológico-pastoral, son ellos los que medirán si el resultado teológico-pastoral es nuevo y novedoso, innovador, controlable, obtenido por la vía correcta, respetando métodos internos. Son dos comunidades con intereses y discursos diferentes. El lugar que ocupa el pastoralista es el *lugar epistémico*.

El ideal de una teología contemporánea es que sea a la vez relevante y pertinente. O como decía Baudelaire, «la teología verdadera es la contemporánea».

– *Desde la coyuntura.* La coyuntura es un corte en el tiempo, en la historia. Es cuando el tiempo se condensa en un momento y llega a ser tan importante que no se puede pasar por alto. Un tema lo puede proponer la coyuntura histórica que se presente. Es de algún modo la demanda de la realidad histórica la que va determinando el enfoque temático, por decirlo de algún modo. Al tocar el tema de las coyunturas como criterio de discernimiento para atender lo evolutivo de la teología pastoral se entra en la dinámica de un tiempo que se dilata y se condensa, provocando que, en ciertos momentos de la vida, parece que no ocurre nada, mientras que en otros se concentra un sinnúmero de acontecimientos⁷. Desde el ángulo teológico, en palabras de M.-D. Chenu, es «la conmoción que hace aflorar una nueva conciencia en el movimiento de la historia. Es un sobresalto, una ruptura en la continuidad del tiempo, que se ha ido condensando y cargando, preñando hasta ponerse en estado de buena esperanza»⁸.

En estos momentos especiales que se nombran como coyunturales es donde emergen situaciones clave, irrumpen procesos profundos y aparece una nueva oportunidad para el Evangelio y el compromiso cristiano. No se trata, pues, de un simple y frívolo «oportunismo pastoral». Se habla de coyuntura cuando se hace referencia al nivel más inmediato de la realidad en la

⁷ Cf. J. OSORIO, *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*, México, DF, AUAM-FCE, 2002, pp. 70-81. Cf. también J. J. LEGORRETA (coord.), *Las ciencias sociales en la teología latinoamericana. Balance y perspectivas*. México, DF, Dabar-Ibero, 2010, pp. 32-56.

⁸ M.-D. CHENU, «Les signes des temps», en *Nouvelle Revue Théologique* 87 (1963), pp. 29-39. Un resumen de este artículo aparece también en *Selecciones de Teología* 4 (octubre-diciembre 1965).

que vivimos, a un segmento de tiempo corto, específico. La coyuntura, por tanto, es un cruce, una condensación particular de un tiempo y un lugar, en la que los procesos profundos y de larga duración están presentes más intensamente en la superficie de la realidad y en el tiempo. Es donde aparecen de manera más visible, más evidente, más manejable, ciertos aspectos de la vida social y eclesial. Cuando no se ve más allá de los límites y los intereses personales, cuando la percepción de lo que está ocurriendo está desarticulada, se produce una atomización que solo permite percepciones de la realidad en su aspecto superficial y dificulta las visiones globales; esto entorpece y no permite ver las coyunturas presentes en nuestro tiempo. El esfuerzo central de un acercamiento coyuntural a la realidad permite establecer una síntesis y una visión más completa de la compleja gama de situaciones por las que estamos pasando a nivel, económico, político, cultural y eclesial. De ahí que en teología pastoral es necesario buscar ofrecer una visión más o menos global en donde «los árboles nos permitan ver también el bosque».

Los momentos coyunturales son oportunidades que no se pueden dejar pasar por alto y que no esperan un retraso en el actuar sobre la realidad. Si se dejan pasar estos momentos, se pierde una gran oportunidad para mejorar en las prácticas y para crecer en compromiso. La coyuntura es un momento particular de esta historia heterogénea y discontinua en donde el ritmo se acelera y es posible un cambio en muchos aspectos de la vida eclesial, en la reflexión teológica, en la vida pastoral. Ha de reconocerse también que los tiempos coyunturales son los tiempos propicios en que los actores individuales adquieren no solo visibilidad, sino que pasan a ocupar un papel destacado dentro del entramado de la comunidad y en los procesos eclesiales o pastorales.

En los momentos normales, cuando todo se mueve con tranquilidad, con su ritmo normal de lo cotidiano,

de lo previsible de un día para otro, se tiende a organizar la vida en torno a rutinas dentro de espacios acotados y predeterminados. La situación es distinta frente a una coyuntura; aquí los sujetos muestran toda su capacidad de *hacer* historia, de abrir una rendija para por ahí adentrarse y recrear esta historia. Frente a los tiempos extraordinarios de una coyuntura, los sujetos se vuelven creativos y desarrollan capacidades que les permiten pasar de simples repetidores de acciones o estructuras a *creadores y protagonistas de transformaciones*. Al conocer y atender las coyunturas estamos en condiciones de orientar adecuadamente nuestro comportamiento cristiano y elaborar un juicio teológico más pertinente y apropiado. De ahí la importancia de proponer las coyunturas actuales tanto en lo social como en lo eclesial, como un criterio para actualizar nuestras acciones pastorales y nuestra reflexión teológica.

- *Desde los intereses del sujeto*. Es un hecho que ni en la investigación ni en la acción pastoral podemos cubrir toda la realidad que nos circunda, de ahí que los valores del investigador, del pastor, sean los que permiten privilegiar un determinado aspecto de la realidad, en este caso pastoral, y llegar a definir una parcela de conocimiento y de la realidad que se debe intervenir. «El relativismo en materia de conocimiento alcanza así su fundamentación teórica: no hay posibilidad de conocimientos de la totalidad, y son los valores de los investigadores los que establecen las franjas que se privilegian»⁹. Así, se puede decir que, desde el ángulo de la sociología y la intervención pastoral, *«conocer, por tanto, no es poder explicarlo todo ni aprehenderlo todo, ya que el conocimiento se encuentra limitado ante una realidad sin límites que se recrea día tras día. Conocer es un esfuerzo que se encamina a desentrañar aquellos elementos que se es-*

⁹ J. OSORIO, *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*, FCE, México 2001, 24.

estructuran y organizan la realidad social y que permiten explicarla como totalidad»¹⁰. Por su parte, I. Ellacuría dice que es importante en teología pensar quiénes son los beneficiados con determinados temas. A quién le sientan bien y quiénes salen beneficiados con esos temas. Pues no se trata de reflexionar sin tener en cuenta a los sujetos que intervienen en estas reflexiones.

2. Dimensión contextual de la pastoral

El *Documento de Aparecida* afirma que «la pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros. Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. Estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el reino de Dios. De ahí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo, que la conduce, de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales» (DA 367). Estrictamente hablando, toda teología en general, y la teología pastoral en particular, es teología contextual, es decir, están enmarcadas en un contexto determinado, se quiera o no. «La contextualización de la teología es realmente un imperativo teológico. Tal como hemos venido a entender la teología hoy, es un proceso que forma parte de la naturaleza misma de la teología»¹¹. Este es el hecho, el fenómeno, lo dado. Pero el acto de tomar conciencia de los contextos y sus influencias, sus consecuencias y efectos, es lo que se puede llamar *contextualidad* de la teología, pues no solo es el fenómeno dado de la contextualización, sino que, al asumir conscientemente este hecho, se convierte en

¹⁰ *Ibid.* 24.

¹¹ S. B. BEVANS, *Modelos de teología contextual*. Quito-Estella, Abya Yala - Spitus - Verbo Divino, 2004, p. 21.

contextualidad. Resaltar este elemento es clave para todo el universo teológico, pues en un tiempo se concibieron las teologías contextuales, como si estas solo hicieran referencia a las que entran en diálogo con contextos asiáticos, africanos o de raigambre indígena, mientras que la reflexión teológica elaborada en Europa central o en otros ámbitos más clásicos fuera una «teología pura» que se elabora al margen de los contextos. Así, durante mucho tiempo, a las teologías de «fuera de Europa» se les concibió como teologías contextuales¹².

En este sentido, toda teología está contextualizada, es decir, está condicionada –que no determinada– por un tipo de contexto, lo más importante es tomar conciencia de esta contextualización para asumir su *desde donde*. De tal suerte que hacer teología contextual no es una opción, no algo que solo pueda interesar a las personas del llamado Tercer Mundo, o a los misioneros que trabajan por esos lugares, o a las comunidades étnicas que viven dentro de culturas dominantes. Entonces la contextualidad de la teología, es decir, *el intento por entender la fe cristiana en términos de un contexto particular*, es realmente un imperativo teológico¹³. Pues bien, a partir de esta doble conceptualización de lo que puede estar sucediendo en nuestra sociedad, y frente a estos testimonios de grandes hombres, podemos pensar: ¿cómo vivir en medio de estos fenómenos de crisis y cambios como comunidad eclesial? ¿Cómo posesionarse como como pueblo de Dios en estos tiempos y en estas circunstancias?

¹² Un ejemplo de esto es el clásico libro de B. CHENU, *Teologías cristianas de los terceros mundos*. Barcelona, Herder, 1989; en esta obra se hace mención de la teología latinoamericana, teología negra norteamericana, teología negra sudafricana, teología africana y teología asiática. Aunque el objetivo del autor es justamente desprenderse de la mirada unívoca de la teología centroeuropea y que redunde en favor de una Iglesia más abierta y plural.

¹³ Cf. S. B. BEVANS, *Modelos de teología contextual*, o. c.

a) *Vivir los tiempos de ahora como tiempos germinales*

El tiempo de ahora hemos de concebirlo como un tiempo de gracia, un tiempo mesiánico. Este es el tiempo propicio y real que tenemos para el anuncio del Evangelio. Este año, este mes, este día, es el mejor de la historia, pues está lleno de grandes y enormes posibilidades para la evangelización, para la conversión. Hay muchas voces pesimistas que ven en los tiempos de ahora puros cataclismos, ven tiempos terminales, de decadencia. Individualismo, egoísmo, teísmo, descreencia, pecado en todas partes. Este es el tiempo de Dios y la historia en la que él actúa y se sigue manifestando; recordemos las palabras alentadoras del papa Francisco que anteriormente se citaron. Es, pues, un tiempo germinal –hay que insistir una vez más–, en el sentido más puro de la palabra:

El germen es el *minimum* de residuo; es el *minimum* de lo ya hecho; el *minimum* de *habito* y de *memoria*. Y, por tanto, el *minimum* de *envejecimiento*, de *rigidez*, de *endurecimiento*, de *amortiguamiento*. Y, por el contrario, el *maximum* de *libertad*, de *juego*, de *agilidad* y de *gracia*. El germen es lo menos habituado que existe. Es donde hay la menor cantidad de materia acaparada, *fijada* por la memoria y el hábito. El germen es aquello donde hay menos cantidad de materia consagrada a la memoria. Donde hay menos legajos, memorias. Donde hay menos papelería, menos *burocracia*. O, mejor aún, lo que está *más cerca de la creación*, lo *más reciente*, en el sentido latino de la palabra *recens*. Lo *más fresco*. Lo *más reciente* y salido verdaderamente de las manos de Dios¹⁴.

Es pues un tiempo de esperanza, porque Dios sigue haciendo su obra en medio de nosotros, tiempo de exi-

¹⁴ Ch. PÉGUY, *Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cristiana*. Buenos Aires, Emecé, 1946, p. 102, citado en J. L. SEGUNDO, *Teología abierta*. I. *Iglesia-gracia*. Madrid, Cristiandad, 1983, p. 200.

gencia porque Dios espera que lo escuchemos, con obras y verdad. Por tanto, es una llamada a la fe y a la esperanza, no desconfiar, no construirnos becerros de oro que nos den falsas seguridades. Confiar, creer lo que repetimos en el misterio pascual “Yo estoy con ustedes todos los días”, pues sabemos que la esperanza no defrauda (Rom, 5,5).

b) Asumirnos como «pequeño rebaño» y cuidar de los pequeños

Si observamos detenidamente la realidad de nuestras parroquias, movimientos, grupos parroquiales, así como la reflexión de muchos teólogos –Ratzinger¹⁵, Rahner¹⁶, Martini, Lohfink¹⁷, Kaspers...–, coinciden en que tal parece que nos estamos encaminando hacia una Iglesia de pequeño rebaño. La realidad y la reflexión nos dicen que estamos más bien en disminución y en vías de ser minoría dentro de la sociedad occidental en la que nos encontramos. Obviamente, como se ha venido mencionando, esta situación no es para nada motivo de desaliento, para no caer en una doble tentación muy común: culpabilizarnos fácilmente, justificarnos superficialmente. No

¹⁵ El papa Benedicto XVI habla de una *minoría creativa*, más en relación con la Iglesia europea, a diferencia de las Iglesias jóvenes del hemisferio Sur: Corea del Sur, África, Latinoamérica. En esta línea va el texto de L. GRANADOS / I. DE RIBERA (eds.), *Minorías creativas: el fermento del cristiano*. México, DF, Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II - Anáhuac - Didascalos, 2018.

¹⁶ K. RAHNER, *Cambio estructural de la Iglesia*. Madrid, Cristiandad, 1974, p. 38: «pequeña grey» no significa lo mismo que gueto y secta, porque estos no quedan constituidos por la cantidad de personas, sino por una mentalidad de la Iglesia, por muy grande o pequeña en número que sea y llegue a ser la Iglesia (alemana).

¹⁷ N. LOHFINK, «El principio bíblico del pequeño número», en *Selecciones de Teología* 165 (2003), pp. 57-68.

seamos fácilmente negativos sobre la situación que vivimos, pues sabemos que la historia de salvación está marcada por pequeños grupos que son inicio –¿germen?– de grandes novedades. Abrahán, Moisés, el resto de Israel, las primeras comunidades cristianas. Hay ciclos descendentes y ascendentes en la historia de fidelidad y de conversión a la novedad de la vida. Incluso el pequeño resto de seguidores de Jesús puede ser el diminuto grano de mostaza que llega a ser un arbusto, la lavadura suficiente para hacer fermentar la masa. Por tanto, la situación de pequeño rebaño, no por ser pequeño es rebaño de pocos, sino por hallarse en diáspora; es pequeño porque se halla en medio de un ambiente de creyentes de otra forma (reconfiguración, metamorfosis de Dios...) ¹⁸, personas indiferentes, no creyentes, etc. No es tampoco el pequeño rebaño de los selectos, de los buenos, de los fieles. No, somos el pequeño rebaño aun con todas las limitaciones y defectos. Pues, como afirma K. Rahner: «Cuanto más pequeña se haga la grey de Cristo en el pluralismo de la actual sociedad, tanto menos puede permitirse tener una mentalidad de gueto y de secta, tanto más abierta ha de estar hacia fuera, tanto más precisa y valientemente ha de preguntarse en cada caso dónde están realmente los límites que separan a la Iglesia de un mundo incrédulo. Ciertamente, no están allí donde los quiere tener un tradicionalismo como extendido por los más diversos ámbitos de la Iglesia» ¹⁹.

Bíblicamente se puede decir que «el pequeño número, como mal final, puede convertirse en el pequeño número como maravilla de un nuevo comienzo. Esto no está en *nuestras* manos. Todo es gracia, como ya es gracia el que haya sobrevivido un pequeño resto. Nosotros podemos unirnos a esta benévola ayuda de Dios si se-

¹⁸ Cf. F. LENOIR, *Les métamorphoses de Dieu. Des intégrismes aux nouvelles spiritualités*. París, Hachette, 2003.

¹⁹ *Ibid.*, p. 38.

guimos su llamada a la conversión»²⁰. Esta situación de pequeño rebaño es una situación de llamada, es un resto que nos invita a poner la atención y el esfuerzo en fortalecer lo que es el alma de la Iglesia yendo a lo esencial, no perdernos por las ramas. ¿Y qué es lo esencial? Lo diremos más adelante, la experiencia con Jesús resucitado en el espíritu de las bienaventuranzas. De esta manera, nuestra Iglesia, nuestras acciones pastorales, podrían ser más significativas en la sociedad de ahora, como sal de la tierra y luz del mundo. Pues lo esencial no es que seamos muchos, no es la cantidad, sino que lo esencial es que seamos significativos. Este es el gran reto: no ser muchos, sino ser significativos. En palabras del papa Francisco: «Precisamente en esta época, y también allí donde son un “pequeño rebaño”, los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo. Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!» (EG 92). Recordemos finalmente que «mucha gente pequeña en lugares pequeños haciendo cosas pequeñas puede cambiar el mundo» (E. Galeano). Por eso el gran desafío hoy a nivel pastoral es «trabajar en lo pequeño, en lo modesto, en lo cercano, pero siempre desde una perspectiva amplia» (cf. EG 235).

3. Dimensión contemporánea de la pastoral

«La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza» (*Ad gentes* 2). «Ensancha el espacio de tu tienda, las cortinas extiende, no te detengas; alarga tus sogas, tus clavijas asegura; porque a derecha e izquierda te expandirás, tu prole heredará naciones y ciudades desoladas

²⁰ N. LOHFINK, «El principio bíblico del pequeño número», a. c., p. 67.

poblará» (Is 54,2-3). Aunque en primera instancia este texto tenga más sabor a neocolonialismo religioso que a misión. La misión de la Iglesia ha de ser siempre nueva y siempre contemporánea, hodierna. Pero ¿qué entender por misión contemporánea?

Según Giorgio Agamben²¹, es auténticamente contemporáneo aquel que no coincide perfectamente con el tiempo ni se adecua a sus pretensiones, y es por eso, en este sentido, inactual; pero precisamente por esta razón, a través de esta inadecuación y este anacronismo, él es capaz, más que los demás, de percibir y aferrarse a su tiempo. Esta no coincidencia, dice el autor, esta «desincronía», no significa, naturalmente, que contemporáneo sea aquel que vive en otro tiempo, «un nostálgico que se sienta más en casa en la Atenas de Pericles o en el París de Robespierre y del marqués de Sade que en la ciudad y en el tiempo que le fue dado vivir». La contemporaneidad es, entonces, una singular relación con el propio tiempo, que se adhiere a él y, a la vez, toma distancia; más precisamente, es aquella relación con el tiempo que se adhiere a él a través de un desfase y un anacronismo. En este mismo sentido se afirma que aquellos que coinciden demasiado plenamente con la época, que encajan en cada punto perfectamente con ella, no son contemporáneos, porque, justamente por ello, no logran verla, no pueden tener fija la mirada sobre ella. «El contemporáneo es esa fractura, es eso que impide al tiempo componerse y, a su vez, la sangre que debe suturar la rotura».

Más aún, para Agamben, el contemporáneo es aquel que tiene fija la mirada en su tiempo, para percibir no las luces, sino la oscuridad. «Todos los tiempos son, para quien lleva a cabo la contemporaneidad, oscuros. Contemporáneo es, precisamente, aquel que sabe ver esta oscuridad». ¿Qué significa «percibir la oscuridad»? Este

²¹ G. AGAMBEN, *¿Qué es lo contemporáneo?*, en http://www.ddooss.org/articulos/textos/Giorgio_Agamben.htm.

autor explica, en una primera respuesta echando mano de la neurofisiología de la visión, y se pregunta: ¿qué pasa cuando nos encontramos en un ambiente donde no hay luz o cuando cerramos los ojos? Los neurofisiólogos nos dicen que la ausencia de luz desinhibe una serie de células periféricas de la retina, llamadas *off-cells*, que entran en actividad y producen esa especie particular de visión que llamamos oscuridad. Esto significa, volviendo al tema de la contemporaneidad, que percibir esta oscuridad no es una forma de inercia o de pasividad, sino que implica una actividad y una habilidad particular, que, en este caso, equivalen a neutralizar las luces que vienen del tiempo presente para descubrir su tiniebla, su oscuridad especial, que no es, de todos modos, separable de aquellas luces. Puede afirmarse entonces que contemporáneo es aquella persona que no se deja cegar por las luces del presente y alcanza a vislumbrar en ellas la parte que hay de sombra, su íntima oscuridad. Es aquella persona que percibe la oscuridad de su tiempo como algo que le concierne y no deja de interpelarlo, algo que, más que toda luz, se dirige directamente a él. «Contemporáneo es aquel que recibe en pleno rostro el haz de tiniebla que proviene de su tiempo».

Para Agamben, los contemporáneos son raros. Y, por ello, ser contemporáneo es, sobre todo, una cuestión de coraje: porque significa ser capaces no solo de tener fija la mirada en la oscuridad de la época, sino también percibir en aquella oscuridad una luz que, directa, manifestándose, se aleja infinitamente de nosotros. El contemporáneo es el que ve la luz más nítida, paradójicamente en medio de la oscuridad. Es también el que está mucho más cerca de lo arcaico, entendido como próximo al *arjé*, es decir, al origen²². «La contemporaneidad se ins-

²² Cf. C. BOFF, «Retorno a la *arché* de la teología», en *Alternativa* 18-19 (2001), pp. 103-135.

cribe en el presente marcándolo sobre todo como arcaico, y solo quien percibe en lo más moderno y reciente los indicios y las marcas de lo arcaico puede serle contemporáneo».

4. Dimensión poliédrica de la pastoral

Desde los antiguos griegos, la esfera es considerada la forma perfecta por excelencia. Esta consideración filosófica sirvió de base a la escolástica para interesantes construcciones teológicas sobre el concepto de Dios y de la Iglesia. El papa Francisco, sin embargo, considera más perfecta la figura del *poliedro*²³, como símbolo de la «unidad en la diversidad» que anhela su idea de ecumenismo. Es el modelo a partir del cual percibe la realidad histórica de la sociedad y de la Iglesia y a partir del cual hay que actuar y organizarse. Este modelo «refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad», a diferencia de la *esfera*, «donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencia entre unos y otros» (EG 236). El modelo de la esfera, por el contrario, lleva a homologarlo todo, ella es lisa, sin caras diferentes, igual en todas sus partes. El poliedro, en cambio, presenta muchos rostros, siempre desiguales, disparejos, que al expresarse constituyen los elementos que componen en la pluralidad la unidad. Creo que es bajo el modelo del poliedro como se puede recoger y unir lo mejor que hay en cada uno de sus miembros sin anular las diferencias. Es desde una óptica enriquecida con esta visión de poliedro como confluyen todas las partes en un todo, en un proyecto común, bajo una uni-

²³ Un poliedro es, en el sentido dado por la geometría clásica al término, un cuerpo geométrico cuyas caras son planas y encierran un volumen finito. La palabra «poliedro» viene del griego clásico *polyedron*, de la raíz *polys*, «muchas», y de *edra*, «base, asiento, cara».

dad que guarda las diferencias, que no esconde los conflictos, pero que privilegia la unidad.

El Evangelio, dice Francisco, tiene un criterio de totalidad que le es inherente: no termina de ser Buena Nueva hasta que no es anunciada a todos, hasta que no fecunda y sana todas las dimensiones del hombre y hasta que no integra a todos los hombres en la mesa del Reino (cf. EG 237). El papa Francisco no tiene, pues, una visión *esférica* sobre lo que pase en el mundo y en la Iglesia, donde los puntos son equidistantes del centro, sino de *poliedro*, que representa más bien una concepción donde todas las partes, en la unión, mantiene cada una su originalidad. Por tanto, la relación estrecha entre diócesis y parroquias, movimientos, comisiones y sus exigencias, creo que no tiene que ser desde el modelo *esférico*, donde los puntos son equidistantes, y a todas las familias en las diversas circunstancias se les pide que su relación con la normatividad de la Iglesia sea necesariamente equidistante. El modelo del poliedro respeta límites sin maltratarlos. Es, en definitiva, más acorde con el dinamismo histórico, más realista. No es relativismo, es la exigencia de tender hacia el centro; las exigencias del Evangelio no se anulan, pero son multi-formes las maneras y los tiempos para responder. Este modelo de poliedro «abre la puerta a una pastoral positiva, acogedora, que posibilita una profundización gradual de las exigencias del Evangelio» (AL 38).

Hay varias ocasiones en las que el papa menciona este modelo poliédrico:

Sé que entre ustedes hay personas de distintas religiones, oficios, ideas, culturas, países, continentes. Hoy están practicando aquí la cultura del encuentro, tan distinta a la xenofobia, la discriminación y la intolerancia que tantas veces vemos. Entre los excluidos se da ese encuentro de culturas donde el conjunto no anula la particularidad. Por eso a mí me gusta la imagen del poliedro, una figura geométrica con muchas

caras distintas. El poliedro refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan la originalidad. Nada se disuelve, nada se destruye, nada se domina, todo se integra²⁴.

Nosotros estamos en la época de la globalización, y pensamos en qué es la globalización y qué sería la unidad en la Iglesia: ¿tal vez una esfera, donde todos los puntos son equidistantes desde el centro, todos iguales? ¡No! Esto es uniformidad. Y el Espíritu Santo no construye uniformidad. ¿Qué figura podemos encontrar? Pensemos en el poliedro: el poliedro es una unidad, pero con todas las partes distintas; cada una tiene su peculiaridad, su carisma. Esta es la unidad en la diversidad. Es por este camino por el que nosotros, los cristianos, realizamos lo que llamamos con el nombre teológico de ecumenismo (Discurso en la visita a un pastor protestante en Caserta, 28 de agosto de 2014).

El modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad. Tanto la acción pastoral como la acción política procuran recoger en ese poliedro lo mejor de cada uno. Allí entran los pobres con su cultura, sus proyectos y sus propias potencialidades. Aun las personas que puedan ser cuestionadas por sus errores tienen algo que aportar que no debe perderse. Es la conjunción de los pueblos, que, en el orden universal, conservan su propia peculiaridad; es la totalidad de las personas en una sociedad que busca un bien común que verdaderamente incorpora a todos (EG 236).

²⁴ Discurso del papa Francisco a los participantes en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares. Aula vieja del Sínodo, martes 28 de octubre de 2014.

La uniformidad no es católica, no es cristiana. La unidad en la diversidad. La unidad católica es diversa, pero es una. ¡Es curioso! El mismo que hace la diversidad es el mismo que después hace la unidad: el Espíritu Santo. Hace las dos cosas: unidad en la diversidad. La unidad no es uniformidad, no es hacer obligatoriamente todo juntos, ni pensar del mismo modo, ni mucho menos perder la identidad. La unidad en la diversidad es precisamente lo contrario, es reconocer y aceptar con alegría los diferentes dones que el Espíritu Santo da a cada uno, y ponerlos al servicio de todos en la Iglesia. Hoy, en el pasaje del evangelio que hemos leído en la misa, estaba esta uniformidad de esos hombres apegados a la letra: «No se debe hacer así...», hasta tal punto de que el Señor tuvo que preguntar: «Dime, ¿se puede hacer en bien el sábado o no?». Este es el peligro de la uniformidad. La unidad es saber escuchar, aceptar las diferencias, tener la libertad de pensar diversamente, y manifestarlo. Con todo respeto hacia el otro, que es mi hermano. ¡No tengáis miedo de las diferencias! Como dije en la Exhortación *Evangelii gaudium*: «El modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad» (n. 236), pero construyen la unidad (A los miembros de Asociaciones Carismáticas de Alianza, 31 de octubre de 2014).

Esta obra describe las dimensiones de la pastoral, de tal forma que posibilite considerar de modo más integral sus alcances, sus planteamientos y desafíos para el mundo de hoy. La *profundidad* se encuentra referida principalmente a los contenidos centrales que integran su identidad. La *anchura*, como el ensanchamiento y densidad de la pastoral, que se extiende a los lados y en todos los sentidos y niveles. La pastoral se abre aquí a todos los espacios culturales en donde el hombre se hace presente y construye sentido. Se puede entender la *altura* de la pastoral como ese empeño en alcanzar la plenitud del reino de Dios, de tal suerte que la pastoral de altura sea aquella que busca remontarse a lo más alto de la medida del reino de Dios. Finalmente, la *longitud* de la pastoral representa la ampliación de miradas que abarca a toda la persona en su sentido genérico y hace relación con todo lo humano, es decir, con las dimensiones y realidades que constituyen al hombre.

Antonio Ernesto Palafox Cruz, doctor en Teología Pastoral por la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). Tiene estudios de Pastoral Urbana por la Universidad Iberoamericana de México. Profesor en la Universidad Pontificia de México y coordinador la Sección de Teología Pastoral en la misma Universidad. Profesor visitante en el CEBITEPAL, organismo del CELAM, en Bogotá (Colombia). Pertenece al presbiterio de la diócesis de Aguascalientes (México).

205607

ISBN 978-84-2883-653-1



9 788428 836531

